OBRA

LA ÚLTIMA PÁGINA

Sinilva

Género: Cuento o Relato

Octubre

2022

En el último verano ocurrió que me compré una pequeña libreta forrada con terciopelo azul. La conseguí por $50 en una feria y aunque no la necesitaba me la llevé por linda y barata. Apenas la tuve en mis manos la guardé en una cartera y allí quedó olvidada durante meses.

La semana pasada, mientras me aprontaba para ir al teatro, recordé que al vestido rojo que acababa de ponerme le sentaba bien mi cartera de perlas, así que fui tras ella. Hace tiempo no la usaba y debía hacer memoria para intentar recordar en dónde podría estar. Tenía poco tiempo y sabía que si me empecinaba en querer encontrarla llegaría tarde a la función. Comencé a irritarme porque quería llegar a tiempo al teatro y no quería hacerlo sin mi cartera de perlas; entonces decidí revolver el ropero y tirar todas mis cosas al piso. Afortunadamente, entre el revoltijo caótico de vestidos, carteras y sombreros, vi brillar una perla y respiré.

Al llegar al teatro me encontré con mi íntima amiga Teresa. Inmediatamente al verme elogió mi vestido y añadió *"Hace rato que no te veía con esa cartera tan patética"*.

Le devolví una falsa risa y le comenté que a mí me encantaba, pero que por alguna razón había olvidado lo mucho que me gustaba hasta esa tarde, cuando la recordé y me encapriché con encontrarla. Mientras hacíamos la fila en la boletería le conté que, de hecho, ni siquiera sabía qué llevaba dentro de ella, porque cuando la vi asomarse en el suelo, la pegué de apuro a mi mano y salí corriendo hacia el teatro.

Teresa continúo hablando de otros temas y al cabo de unos minutos ya estábamos sentadas en las butacas de la platea. La obra comenzó a las 20:03. La primera función me aburrió bastante y me la pasé mirando los relieves de las columnas del escenario.

Al momento del intervalo fuimos con Teresa a recorrer la terraza e intercambiar impresiones. Ella me comentó que estaba fascinada con los personajes y sus actuaciones y yo solamente asentí.

De un momento a otro, recordé que había olvidado la cartera en mi butaca y bajé las escaleras como un rayo para buscarla. Al llegar al piso de la platea la encontré tendida debajo de mi asiento y sentí un gran alivio.

A medida que transcurría la segunda función, Teresa se conmovía y lloraba. Yo deseaba estar de vuelta en mi casa, siendo recibida por mis gatos y el desorden.

No me podía enganchar con la obra y no sabía ya con qué distraerme para que el tiempo no pasara tan lento. Entre tanto, se me ocurrió abrir la cartera para chusmear las cosas que estaban encerradas en ella. El cierre estaba medio trancado y tuve que abrirlo con sumo cuidado para no romperlo. Lo primero que vi fue un paquete de pastillas de menta medio derretido que había pegoteado una de las esquinas superiores de la cartera. Junto a él, encontré una copia de las llaves de la casa de mis padres. Más abajo, palpé unas bolsitas de té, que probablemente estarían vencidas. Y, más al fondo, sentí algo muy suave, que resultó ser la libreta de terciopelo que había comprado en mis vacaciones de verano.

Inmediatamente la saqué e intenté mostrársela a Teresa, pero la vi tan involucrada en la obra que no quise interrumpir su atmósfera. Por consiguiente, seguí revolviendo la cartera para ver si encontraba una lapicera. Tristemente no encontré ninguna y tampoco me animé a pararme con la excusa de pedir una prestada en la boletería.

La función no terminaba nunca y yo comenzaba a agotarme. Pensé en salir a comprar un lápiz y a sentarme en un café para estrenar la libreta, pero no quise abandonar a Teresa. Entonces, para pasar el rato, comencé a imaginar que mi dedo índice era una lapicera y agarré la libreta para poder simular que escribía en ella.

Al abrirla, descubrí que las hojas no tenían renglones y que había un pegotín en la contratapa que decía *“no usar la última página”*. Me pareció chistoso y por curiosidad y por broma fui directamente a ella.

Al situarme en la página sentí algo extraño, pero enseguida comencé a pasar el dedo por la hoja mientras imaginaba qué estaba anotando. Simulaba que escribía *“estoy aburrida”*, *“siento que llevo meses encerrada en este teatro, que es como una cartera, como mi cartera de perlas”*.

En ese instante Teresa se me acercó y me dijo *“¿Qué hacés? ¿Estás escribiendo?”* y yo asentí sin mirarla.

Al cabo de unos minutos me distraje y perdí de vista la libreta y la cartera. Se acercaba el final de la obra y comencé a interesarme por saberlo.

De un momento a otro, empecé a sentir un fuerte olor a menta. Me di vuelta y Teresa se estaba derritiendo. Sentí el horror recorriendo mi cuerpo. Miré mi vestido y ya no era rojo, sino azul y aterciopelado. Intenté salir corriendo pero al llegar a la boletería no había ya puertas, sólo un cierre. Traté de mirar hacia afuera por un hueco de luz y sólo vi perlas.